

"Es la vida"

Javier Bruzzese



# Capítulo 1

«Es la vida», es lo que la gente dice. ¿Que vida? ¿la mía o las de ellos? ¿Hay algo general de la vida, que nos atañe a todos? ¿Es parte de la vida que un ambulanciero recoja mis restos de la acera si hoy decido tirarme de esta azotea? ¿seré parte de su vida?.

Mi vida no «es la vida». Es mi vida, ninguna generalidad parece influir. Caso contrario, no estaría en esta incomoda situación tanto metafórica como literalmente. Hace mucho frío aquí arriba. Varias cosas pasan por mi cabeza mientras miro hacia el vacío, pienso al mismo tiempo que en breve, trozos de mi propio cráneo pasaran a través de ella una vez que impacte sobre el suelo; el cual, desde esta altura se ve particularmente solido.

Se donde terminara todo, pero no puedo discernir ciertamente donde empezó. Mis propios psicólogos no lo lograron hasta el momento, así que supongo que no debo sentirme mal por ello. No creo que fuera porque Mara me dejara. Podría ser porque luego tuviera que asesinarla. No tenía alternativa, era algo casi mandatario. Debía ser solo mía pero ella no lo entendía. «Es la vida» pensaba mientras hundía el destornillador en sus entrañas reiteradas veces hasta que la luz de sus ojos se extinguió para siempre. En su momento solo sentí gozo y hasta un poco de orgullo de que la investigación no haya llegado hasta mis zapatos. No fue hasta que Mara comenzó a visitarme durante las noches cuando la culpa y la angustia se fue apoderando de mí. Mara me dijo que no tenía resentimientos, estaba muerta por mi mano, pero eso no quitaba el hecho de que yo necesitaba ayuda profesional decía. Creo que fue el «fantasma» más atento que pudiera existir, si es que los hay más por allí.

Incontables fueron nuestras charlas, los dos, sentados al borde de lo que fuera nuestra cama. Ella estaba muerta, pero no lucía mal. Me contó que había cierto cielo donde las almas bondadosas podían recluirse una vez despojadas de sus cuerpos, pero que era muy aburrido estar allí. Aún muerta prefería mi compañía y lamentaba que la hubiera asesinado en vez de hablar las cosas como correspondía. La última noche, fue la primera vez que le pedí perdón por lo que había hecho. Ella solo se sonrió en lo que pareció la mueca más triste del mundo y se desvaneció.

Nunca más volví a verla. No entendía porque. La culpa y el dolor por su pérdida me golpearon raudamente como una marea. Todas las noches me sentaba al borde de mi cama mencionando su nombre, pero nunca apareció. Decidí entonces que la mejor opción sería unirme a ella en la muerte. Donde podríamos hablar por toda la eternidad hasta el punto donde su asesinato sería solo una graciosa anécdota.

Respire profundamente el aire nocturno en el que estaba inmerso desde aquella alta azotea. Salude el aire al inhalar y lo despedí al exhalar. Probablemente sería la última bocanada. Salte hacia el vacío, mi caída fue rápida y abrupta. Me estrellé contra el cemento en un santiamén. Pude sentir parte de mi musculatura estallar y mis huesos astillarse mortalmente dentro de mi interior antes de perder el conocimiento. Fue como un abrir y cerrar los ojos. Cierre los ojos vivo y los abrí muerto. Allí estaba mi cadáver en la acera. Horriblemente desfigurado por el golpe. Me quede estupefacto parado al lado de él. Quise tocarlo pero no pude, no sentí materia sensible que pudiera palpar. Atónito me quede unos minutos contemplando la escena de mi muerte. La policía junto con una ambulancia aparecieron al poco tiempo. Dos camilleros casi vomitan al verme desecho en la acera. Uno de los policías dijo «es la vida» socarronamente mientras observaba la recolección de mi cadáver desde su automóvil.

Una vez que mi cuerpo había sido retirado del lugar, comencé a «caminar» si se puede llamarle así. Era como trasladarse inerte por el pavimento. Comencé a llamar a Mara. Mi voz sonaba extraña pero aun así sabía que la estaba llamando y que seguramente me escucharía. Pasaron lo que parecían días, luego meses y luego años. Vague por incontables lugares llamando a Mara. No tenía cuerpo físico que se cansara, pero estaba desmoralizado por dentro. Si es que tenía un «dentro». Lo que más anhelaba era verla, pero ella no se mostraba.

Pasaron décadas de búsqueda en este plano, hasta que finalmente lo entendí. Me había vuelto a dejar... y esta vez no tenía manera de asesinarla siquiera, creo que reí amargamente ante este pensamiento. Me esperaba una eternidad de angustia, incertidumbre y arrepentimiento. No hubo ningún cielo que se me haya presentado, solamente vagaba por el mundo con mis recuerdos de la vida y mis miserias en la muerte...la muerte... «es la muerte»...»así es la muerte» pensé. La entendí mucho mejor que a mi pasada vida en mucho menos tiempo. Seguiré haciendo...por toda la eternidad. Perdoname Mara.

Fin.